

desiertos que se adelantan sobre los bordes de la mar cerca de Alejandria.

Al aproximarse la noche vimos alejarse mas y mas la primera isla de América. Se diria que millones de diamantes brillaban en el cielo de un azul oscuro. Por primera vez me era dado admirar las *nubes de Magallanes*: eran como un polvo de estrellas, como el aliento de los espíritus que parecia empañar el espléndido espejo del firmamento.

Brasil, Bahía (ó San Salvador), 11 de Enero de 1860.

Al levantarse el sol la costa se encontraba cerca de nosotros: aparecian vastos méganos cubiertos de vegetacion. Con el anteojo, y aun con la simple vista, se podia distinguir una pared de cocoteros soberbiamente alineados que cercaban la ribera, como si formaran un marco plantado por la mano de los hombres.



AMERICA

CAPITULO CUARTO

BAHIA Y EL BRASIL

Bahía (ó San Salvador), 11 de Enero de 1860.

Eran las diez de la mañana cuando entramos en la extensa *Bahía de todos os Santos*. El sol resplandecia en toda su gloria, y el cielo azul oscuro estaba reluciente. Mi alma se sentia inundada de alegría y de entusiasmo: era uno de aquellos momentos en que verdaderamente se extiende a nuestra vista un mundo nuevo en todos los sentidos de la palabra. Quisiera uno tener cien ojos para abarcar a la vez las maravillas desconocidas que se descubren repentinamente por todas partes. En medio del regocijo que se siente, se experimenta el pesar de no poder comprenderlo todo y recogerlo en la memoria. Por mas que el alma guste, muy rápidamente, ¡ay! la magnificencia del cuadro, cuando se quiere trasladar ésta por escrito, la expresion es nada mas una fotografia borrada y pálida, tomada en verdad del natural; pero sin color y sin vida cuando se compara con el modelo.

Esto se siente mas que nunca en una nueva parte del mundo, donde la naturaleza reina con su riqueza infinita, donde la atencion del viajero no es solicitada por ninguna creacion del hombre,

por nada que sea limitado. Las obras de arquitectura se graban desde luego en la memoria y pueden ser descritas aproximativamente; pero cuando la naturaleza es por todas partes señora absoluta, solamente permite que se le salude con entusiasmo en el momento que se le contempla, resistiéndose siempre a los recuerdos y a la descripción. Las ciencias particulares la describen ó la reproducen refiriéndose a los objetos de que se compone, ejerciendo cierta especie de anatomía sobre los cuerpos inanimados; mas la vida exuberante de la naturaleza, tal como en el Brasil se presenta, es de todo punto indescribible. Por esto nadie ha sido capaz de hacer conocer sus maravillas: aun el pincel del pintor se reconoce impotente ó cae confundido, cuando pretende reproducir las imágenes de estas comarcas.

El Brasil ha permanecido como estaba al salir de las manos del Creador. El bosque virgen que ahora se extiende hasta las puertas de las ciudades capitales, es el mismo que existió desde los primeros tiempos. El hombre no ha terminado la conquista del país: comenzó la lucha; pero aun no ha conseguido la victoria, no ha encontrado un instrumento propio para medir estas grandezas. Roma con todas las maravillas del arte que contiene, es mas fácil de abarcar y de describir que la mas pequeña plazoleta de la verdadera selva virgen.

He comenzado por esta especie de prefacio, a fin de que se me perdone el que sea muy inferior a esta tarea: desde el primer día que he pasado en el suelo de América he conocido que esta carga me agobia.

El panorama de Bahía ó San Salvador recuerda el de Lisboa: tienen aquí los edificios el mismo carácter, sobre todo, los templos y los conventos que son numerosos. Se reconoce claramente el esfuerzo que hicieron los fundadores para imprimir a la colonia el sello de la madre patria.

El nombre verdadero de la ciudad, con todos sus títulos oficiales, está concebido así: *A Cidade de San Salvador na Bahia de todos os Santos*. El gusto de alargar los nombres hasta lo infinito, es un rasgo distintivo del Brasil: se extiende a las localidades y a las personas: conozco gentes que poseen cuatro ó cinco nombres de familia, y veinte por lo ménos de bautismo. En mi concepto, esta

es señal de un bien pequeño mérito: los nombres pomposos sirven para disfrazar el poco valor del objeto que los lleva. Hoy la ciudad se llama modestamente *Bahía*: entre todos sus nombres han escogido justamente el ménos feliz para designarla.

Bahía fué fundada en 1549 por el rey de Portugal Juan III. Poco tiempo ántes, aquel príncipe habia dado en feudo a D. Francisco Pereira Coutinho el país entero, desde el cabo San Antonio hasta el rio de San Francisco. La costumbre de dar así a favoritos y a grandes de la corte inmensas comarcas, podia tener algo de fastuoso y de económico al mismo tiempo; pero el progreso del país padecía con esto, y el del Brasil aun padece con este motivo. Ciertos dominios abarcan hace muchos siglos reinos enteros: los propietarios no tienen medios ni fuerzas para cultivarlos todos por sí mismos; trabajan solamente una pequeña parte, y son demasiado orgullosos para dividir ó para vender el resto de las tierras que les fueron transmitidas por herencia de padres a hijos. Este hecho explica, hasta cierto punto, por qué las selvas primitivas tienen todavía tan grande extension y llegan hasta las puertas de Rio-Janeiro.

Volviendo a Coutinho, el primer propietario, atravesó el Océano para tomar posesion de su fabuloso dominio. Habiendo desembarcado en la *Bahía de todos os Santos* (nombre que me supongo le darian, porque en ella pueden nadar juntos todos los santos del universo), nuestro héroe, con grande admiracion de su parte, se encontró aquí establecido a un portugués, llamado Alvarez Correa, el cual, a consecuencia de un naufragio, se habia quedado en esta ribera y se habia casado con la hija de un gefe de la poderosa raza de los tupinambas.

Correa, que gozaba de grande influjo sobre los indios de la comarca, gracias á su mujer, la hermosa Paraguasson, resistió á las reclamaciones de su compatriota, por mas cristiano que fuese; pero el combate decidió en favor del señor que representaba a la civilizacion, lo cual cedió en mayor beneficio de este lado del Océano. El infortunado Correa quedó prisionero.

La jóven Paraguasson, fiel a su deber y a su origen guerrero, sublevó a su pueblo de las pieles rojas, y atacó a Coutinho con tanto valor, que éste tuvo que retirarse con sus portugueses hasta

Ilheos; pero llevándose consigo a su prisionero. Los tupinambas recurrieron entónces á la diplomacia, é invitaron á Coutinho a que abandonase su fuerte posicion de Ilheos y volviese a la Bahía. Coutinho aceptó la invitacion; pero encalló en la isla de Itaparica, y allí fué devorado con todos sus compañeros por la hermosa Paraguasson y por los buenos tupinambas. Correa se hallaba libre.

Cómo llegó este acontecimiento a oídos del rey Juan III de Portugal, es un punto sobre el cual guarda silencio la tradición; pero sí es rigurosamente histórico que él dió lugar a que Juan resolviese establecer la capital del Brasil en la *Bahía de todos os Santos*, y a que enviase cinco grandes navíos con seiscientos hombres voluntarios y mil quinientos forzados a las órdenes del virey Thomé de Souza. A la llegada de esta expedicion, aun vivia Correa, el cual hizo grandes servicios a sus compatriotas procurándoles relaciones amistosas con los tupinambas.

Bahía debe su rápido progreso a los jesuitas, quienes pusieron con bastante energía su mano para la civilizacion del vasto imperio del Brasil. En el año de 1588, la Compañía defendió victoriosamente a la ciudad contra los ingleses. A fines del siglo diez y seis, la colonizacion habia tenido grandes adelantos: el Estado se dividió en dos provincias con dos capitales, Bahía y Rio-Janeiro. Los portugueses se extendian mas y mas, alrededor de Bahía, de tal manera, que los belicosos tupinambas tuvieron que retirarse a la parte interior y mas lejana del país. Otras tribus de la comarca fueron lentamente aniquiladas, ó se confundieron poco a poco con los colonos y con los negros.

Cuando el orgulloso y hábil Felipe II se apoderó de la corona de Portugal, despues de la desaparicion fabulosa del valiente rey Sebastian, sufrió el naciente Brasil una temporada de abandono absoluto. Con este motivo fué fácil a los holandeses, a las órdenes de Willekens, arrojar a sus enemigos los españoles que no eran ménos odiados de los portugueses a pesar del parentesco de raza. Sin embargo, los holandeses no fueron mas que un extranjero que vencia a otro, observaron tan mala conducta como los españoles: la egoista codicia de aquel pueblo de mercaderes se hizo odiosa a los brasileños que ya eran numerosos, y se sublevaron en masa; lo cual permitió que el almirante español, D. Fadrique de Toledo,

recobrase a Bahía en 1625. Estas diferentes vicisitudes son muy comunes en la historia.

El restablecimiento de la independencia de Portugal bajo la casa de Braganza, fué recibido con aclamaciones de alegría por el Brasil, y la dominacion española tuvo fin para siempre. El odio de razas, tan arraigado en la península ibérica, y que ha hecho enemigos irreconciliables a los portugueses y a los españoles, se ha trasplantado con mayor energía a los países trasatlánticos.

Partiendo de aquella época, Bahía aumentó rápidamente en extension, en poblacion y en importancia mercantil. El ministro del gran Pombal no le fué favorable: aquel ministro, con el ardor de las reformas, tenia el humor inquieto y el gusto por los cambios que caracterizan a los grandes genios. Como todos los hombres que se elevan repentinamente, no tenia en cuenta las tradiciones históricas, porque pretendia formar él mismo la historia a paso de carga. Con la precipitacion irreflexiva del novador, decretó que la capital de esta colonia gigantesca se trasportase de la ciudad de Bahía, que habia ido creciendo gradualmente, a la lejana ribera cercada por la selva virgen, donde se eleva en la márgen de las aguas tranquilas la ciudad que lleva el extravagante nombre de Rio-Janeiro. En Bahía dió lugar esta medida a violentos disgustos, y aun ahora se perpetúan aquellas malas disposiciones con un antagonismo indomable contra la ciudad que es hoy residencia del emperador.

En el punto de vista político, el cambio practicado por Pombal era deplorable. Hecha abstraccion del principio que establece que un hombre de estado debe sacar partido de las tradiciones en lugar de mirarlas con desprecio, Rio se encuentra demasiado cerca de la frontera del Sur, para que pueda servir de centro a este imperio colosal. La falta de unidad jamás se ha hecho mas sensible que en el momento de la independencia, cuando la dominacion real se mantuvo en Bahía durante tres años contra el imperio que comenzaba a nacer. Desde aquel tiempo, las provincias del Norte, con Bahía que les sirve de centro, se inclinan a un gobierno republicano; y Rio es demasiado débil y está demasiado léjos, para hacer sentir sus privilegios de capital. Por lo mismo, el emperador ha tomado la prudente determinacion de visitar a Bahía y

a las provincias, y por este medio, con su presencia ha retardado una catástrofe que estaba próxima a estallar.

Puesto que estamos en el capítulo de la historia, debo hablar de otro peligro que amenaza a Bahía y a su población blanca. Dos palabras bastan para darlo a conocer; pero es como una tempestad suspendida sobre la ciudad, pesa sobre ella misteriosamente lo mismo que la fiebre amarilla. Bahía cuenta en su población ochenta mil negros y solamente cuarenta mil blancos. Estos números permiten calcular matemáticamente las eventualidades del porvenir, en el caso de que aconteciera una de esas sublevaciones que se renuevan periódicamente. No hablo de los principios de ruina que la esclavitud lleva invariablemente en su seno, aunque en momento oportuno me ocuparé de ellos y los probaré. Pero dejemos por ahora los hechos históricos, y pasemos a los espectáculos exteriores, cuya hermosura nos encanta y nos sonríe.

Atravesando a las doce del día la gran plaza de Victoria, el calor no nos pareció tan insoportable como naturalmente se pudiera imaginar. Dimos la vuelta al antiguo fuerte, construido de granito, que defiende a la ciudad por el lado de la mar, y nos introdujimos en la calle que conduce a la altura en que se encuentra la ciudad de Bahía propiamente dicha.

A la derecha, junto a la tapia de un gran jardín, estaban sentados una multitud de negros vendiendo fruta sobre la acera. Imposible es imaginar un grupo más curioso para un recién llegado. Todas las estaturas, todas las edades, todas las dimensiones se veían allí representadas por las más extravagantes muestras. Se encontraban negras viejas con vestido talar muy ligero, verdaderas hechiceras, de una dureza repugnante y de una fealdad que hacía temblar: su piel negra parecía goma elástica encogida y arrugada: sus manos y sus pies negruzcos se movían con una gimnástica de mono: sus cabezas pequeñas, semejantes a las de las tortugas, estaban cubiertas con una pequeña tela de lana blanca: y sobre todo esto, dientes largos y de reluciente blancura y miradas de atrevimiento repulsivo, iluminadas con el aguardiente. Aquellas horribles criaturas apostrofan al extranjero, ofreciéndole guayabas, plátanos, cocos y otras mil frutas más pequeñas que me eran desconocidas y que producen las selvas vírgenes.

Cerca de allí, semejantes a los animales que rumian, reposaban verdaderos monstruos, con la plenitud de las formas de la juventud, ostentando a las miradas de los transeuntes masas de carne negra de una amplitud y de un desarrollo verdaderamente gigantescos. Una mujer en particular llamó nuestra atención por sus formas extraordinarias. Llevaba el traje pintoresco y singular de las negras brasileñas, que recuerda en cierta manera la patria africana: una enagua de cotonada, de flores muy vivas, flota negligentemente alrededor de la cintura que se balancea suavemente; una camisa limpia sin mangas, que parece arrojada por casualidad, cubre el busto; para andar por la ciudad, un paño de colores variados cae sobre los hombros formando pliegues pintorescos; perlas falsas mezcladas con amuletos paganos descienden por el pecho; y por último, un turbante de gasa blanca ó azul claro se enrolla alrededor de la cabeza. Los colores claros y vistosos sientan bien a los cutis bronceados en la frescura de la juventud: en este sentido y hasta donde la naturaleza lo permite hay lugar en estas mujeres para cierta elegancia.

La mujer de que he hablado ostentaba un aspecto de satisfacción en medio del grupo. Su cuello y sus hombros hubieran hecho honor al emperador Vitelio: su seno, descubierto en tres cuartas partes, estaba en armonía con sus amplias proporciones; y sin embargo, aquellos encantos exóticos no carecen de cierto brillo, merced al tono aterciopelado y bronceado de la piel. La dama en cuestión, estaba bien persuadida de esto, según parecía, y lo manifestaba con una sonrisa de satisfacción.

Confesaré sencillamente que lo que más me admiró fué ver que las negras podían tener cabellos blancos como la nieve, lo que hace el efecto más desagradable que sea posible suponer, especialmente porque en las mismas mujeres el pelo no es más que una lana corta. Estamos habituados en nuestros países a considerar la longitud de los cabellos como uno de los principales adornos del sexo femenino, y repugna notablemente ver estas cabezas de mujer cubiertas con rizos tan económicos.

En las diferentes familias de animales atendemos solamente al tipo fundamental, y ponemos poco cuidado en las diferencias individuales: todos los avestruces, todos los asnos, todos los fais-

nes nos parecen iguales entre sí. Lo mismo sucede, aunque sea triste decirlo, cuando miramos a nuestros semejantes los negros, los cuales, bien pudiera decirse que no son nuestros semejantes sino hasta cierto punto. Casi siempre se encuentra en todos ellos el mismo tipo de rostro: no hay mas diferencias que las de la edad y las de la estatura. Ordinariamente tienen el cuerpo esbelto y bien formado: la naturaleza no produce lisiados en esta raza. Entre los hombres se encuentran algunas veces cuerpos de atletas, sobre todo entre esos famosos cargadores que recuerdan los bronceos antiguos. La nuca y los omoplatos son especialmente notables por la belleza de las formas; las piernas por el contrario, son débiles y carecen absolutamente de pantorrillas, como sucede con los monos.

La generalidad de las mujeres es esbelta: su andar es elegante, sus manos son pequeñas y bonitas, el busto es bien formado y flexible; pero tienen el seno colgante y casi siempre plano como una tabla, lo cual es uno de los mas horribles caracteres de la raza negra.

Hombres y mujeres tienen, por lo comun, ojos brillantes, cuya expresion ordinaria es de una sencillez maliciosa; pero algunas veces tambien se les ven irradiar repentinamente con los instintos del tigre: en cuanto a la expresion de sentimientos mas elevados, en vano se buscaria en este sombrío espejo de su alma.

Los niños de los negros son unos bonitos muñecos, aunque desgraciadamente sus movimientos recuerdan demasiado al cuadrupedo de las selvas vírgenes y de los cocoteros. Los ancianos son horribles: les falta la dignidad, esa hermosura de la vejez. A pesar mio, me hacen pensar en cierto mono viejo, que ya se habia puesto enteramente blanco, y que vi muy triste en el *Jardin de Plantas*. Entre los negros la infancia y la vejez se aproximan a la bestia: solamente en la juventud, en la plenitud de la fuerza, parecen elevarse un momento al rango de seres humanos.

El traje de los hombres se compone exclusivamente de un pantalón blanco y una camisa del mismo color abierta: sobre la cabeza usan un sombrero de paja hecho pedazos, en forma de cubeta. Los esclavos que pertenecen a casas ricas, añaden a esto una chaqueta de algodón azul.

Me sorprendí de encontrar a cada cinco minutos un monasterio inmenso. Aquellos conventos son unos edificios que parecen prisiones de un aspecto misterioso, como en Palermo. Paredes gigantescas, con ventanas estrechamente enverjadas, dan testimonio de la reclusión en que viven los habitantes de aquellas casas: altas torres con figura de baluartes y galerías tambien enverjadas permiten ver a lo lejos la ciudad llena de vida, el océano de aguas azules y el campo cubierto con su antiguo verdor.

Es preciso viajar para saber: jamás me habria yo imaginado que una monarquía constitucional y democrática como el Brasil, bajo un gobierno tan pobre, pudiesen subsistir tan innumerables conventos, ni que en las inmediaciones de los espesos retiros que ofrecen los bosques vírgenes hubiese necesidad de encerrarse en el claustro. En Europa, un monasterio puede llegar a ser el único asilo pacífico que se presenta a la libertad individual; estos sagrados muros podrán servir de apetecible garantía contra las pasiones, las seducciones y las intrigas. El convento será el único sepulcro posible para resguardar al que se suicida moralmente (tomando esta expresion en buen sentido); pero ¿de qué puede servir en América, donde las selvas vírgenes con sus paredes de verdura y sus inexploradas barrancas se presentan como la verdadera patria de la paz del alma y de los corazones ofendidos por el mundo?

Además, hay muchas personas que en la edad média se habrian refugiado en los monasterios y que hoy prefieren la emigración a América. Especialmente para aquellos hombres que han tomado la resolución de romper con un pasado tempestuoso con el fin de formarse un porvenir regular, la América es excelente; porque el océano es ancho, muy ancho, es el río del olvido, y al que lo atraviesa, con esto le basta para recibir como un segundo bautismo que lava la sangre que puede haber manchado sus manos. En América, lo mismo que en los verdaderos conventos, jamás se pregunta al recién llegado de dónde viene, ni lo que trae: por perverso que haya sido en Europa, con aplicación y perseverancia, puede llegar a ser para su nueva patria el mas digno de los hombres, una individualidad respetable bajo todos aspectos.

Cualquiera que sea ó que pueda ser en otros países la utilidad de

los monasterios, aquí evidentemente no son mas que un juguete que el gobierno no tiene valor, ni quizá derecho de prohibir. Con excepcion de los franciscanos y de los capuchinos que dan misiones, a la verdad muy medianas y poco edificantes, las órdenes religiosas en el Brasil, no son mas que un objeto de lujo que no puede complacer el corazon de la divinidad. En estas casas innumerables reina la tibieza y la carencia absoluta de obras espirituales. El papa que ha desplegado una severidad tan prudente contra la relajacion de las órdenes religiosas en Europa, haria un servicio inmenso a la religion disminuyendo (porque solo él puede hacerlo) la multitud de los monasterios brasileños, reformando a los capuchinos y a los franciscanos y obligándolos a cumplir con su primitivo destino.

Los innumerables conventos de mujeres no son, en su mayor parte otra cosa más, que viejos armarios en que se conservan retazos de desecho.

Desde el balcon de nuestro alojamiento se puede ver cómodamente a los transeuntes que suben de la parte baja de la ciudad por la principal arteria de Bahía: son, sobre todo, individuos de la colonia alemana que vienen de sus negocios por la tarde, y vuelven a Vittoria, que es el cuartel de la elegancia y del lujo. Entónces se vé la calle llena de cabezas rubias, cuyo rostro ha tomado colores lívidos bajo el clima del Brasil. Hombres de alta estatura suben la pendiente jadeando, y concluyen sus negocios durante el camino. Alguna vez aquella multitud germánica es atravesada por el paso rápido de un palanquin que conduce a un rico brasileño que vá a dormir la siesta. Un instante despues, éste descansa en medio de sus tesoros, duerme en su hamaca elegante, bajo una fresca glorieta adonde penetra la brisa de la mar: fieles esclavos le rodean miéntras dormita pacíficamente sin malos ensueños. Si quereis saber cómo ha conquistado la riqueza, cómo ha reunido los millones que le sirven de cómoda almohada, tendréis fácilmente la respuesta en cualquiera calle: ha sido con el comercio de la carne humana, con el tráfico de los negros practicado en escala gigantesca ó con la fabricacion de moneda falsa. No por esto deja aquel hombre de ser un personaje muy apreciable: tendrá tal vez algun hermoso título de nobleza, asiste a la corte y forma

parte de la comitiva del emperador en las ocasiones solemnes. Duerme tan dulcemente como los santos en el paraíso. Y ¿por qué no habia de dormir con descanso? La nocion de la conciencia se ha perdido completamente bajo el cielo de los trópicos: en este clima de eterna suavidad parece que es desconocido este grado de sensibilidad moral. Faltando la conciencia no puede haber religion verdadera, y por lo mismo no se hace sentir la necesidad de aquella. Pero lo que no pueden suprimir estos *nababs* del Brasil es la expresion feroz de sus ojos negos, sombríos y siempre en acecho de alguna cosa: no puede uno mirarlos sin experimentar una sensacion de horror y una especie de estremecimientos.

Por la tarde hicimos una excursion por las inmediaciones de la ciudad. Las selvas del Brasil son como la república de las plantas: el hombre, ese déspota de la creacion, no aparece en ellas sino con el carácter de huésped y no ejerce aquí imperio ninguno. Esta es la verdadera imágen del paraíso, donde cada hijo del Creador vivia y se movia segun su voluntad. Como la naturaleza no conoce distinciones, los pequeños pueden vivir al lado de los grandes.

Seria una vana ilusion pretender describir un bosque semejante, aunque nada tuviese de la majestad colosal y admirable de la selva virgen. Ningun autor lo ha emprendido con confianza y ninguno lo ha conseguido tampoco. Puede presentarse como en fotografia a San Pedro de Roma ó al palacio de Louvre: el escritor puede reproducirlos piedra por piedra, columna por columna, en un órden matemático, para satisfaccion del lector curioso: puede decir los colores del edificio, puede enumerar los habitantes actuales y los antiguos; pero respecto de las selvas del Brasil, ni la descripcion, ni la fotografia pueden ofrecer una imágen satisfactoria para el que no las ha visto ántes: falta la escala, la relacion con la comarca. Si quereis tener una idea de esto, no teneis absolutamente mas que un partido que tomar, y es hacer vuestras maletas y ponerlos en camino.

Procurando darme cuenta de lo que he visto, de este espectáculo que he gustado tan ampliamente, que hubiera querido fijar en la retina de mis ojos, grabar en mi cerebro, me represento un cuadro que sin cesar estuviera variando, un caleidoscopio mara-

viloso en que las figuras siempre nuevas aparecieran para borrar-se inmediatamente en el verdor que todo lo abraza y lo confunde.

Teniamos al frente el invernadero mas rico y mejor ordenado, pero infinitamente superior a todo lo que se conoce en Europa, con el cielo azul por techumbre, y los rayos de un sol ecuatorial para hacer resaltar la brillantez del follaje. Naturalmente el elemento principal de la selva se compone de una infinidad de árboles esbeltos, con ramas extravagantes que se elevan hasta los cielos: su corona aérea está formada de hojas vigorosas y brillantes que tienen algo de semejante con las del laurel ó las de la camelia: sus tallos, que procuran buscar la luz, son delicados y casi siempre lisos. Entre aquellos árboles que se juntan, se oprimen y se adelantan, hay a veces algunos viejos colosos, de tronco majestuoso, enorme y robusto, que extiende sus ramas gigantescas: son las torres que enlazan entre sí las diferentes partes de la selva, los antiguos testigos del poder primitivo de la naturaleza, los patriarcas que han visto pasar los siglos a sus piés. Sobre ellos y a su alrededor, como ordinariamente acontece a los grandes, se comprime ese mundo parásito, que es un objeto de admiración siempre nuevo para el viajero que visita los países tropicales. Ya son bromeliáceas de anchas hojas, que se suspenden a las ramas del coloso y forman en ellas una especie de nido, obra maestra de la arquitectura natural: algunas veces con sus raíces exteriores que parecen ramas de coral, chupan una herida que han formado las tempestades en la corteza de su apoyo venerable. Ya es una orquídea que resplandece en la cima del árbol, donde toma del sol el esmalte que forma su adorno. Aquella brillante parásita del mundo de las plantas parece que maliciosamente arroja sus flores a la tierra para atraer las miradas del viajero sobre su existencia aérea. Ya se ven las tilandsias meciéndose, como soñando, en las extremidades de las ramas, ó bien un filodendron de hojas atrevidamente cortadas, con su tallo semejante a la piel de la lagartija, trepando, como un animal fantástico, por el ancho tronco del gigante.

Las cimas de los árboles parecen unos tablados dispuestos expresamente para la exposición de las plantas parásitas: éstas be-

ben en el cielo los ardientes rayos del sol. Pero todos los pisos y hasta el mismo suelo tienen su capa de vegetación: abajo de la cima los bejucos párten del tallo del patriarca, atraviesan el aire y van a enlazarse, como una red, con todos los árboles mas pequeños que lo rodean: a la mitad de la altura un ramillete de plantas de grandes hojas ovaladas, se extiende en figura de árbol ó de palmero; algunas veces son plantas nuevas, cuyo crecimiento es interrumpido. En fin, en la parte mas baja, el suelo húmedo y cubierto con las hojas caídas produce helechos, aroides y una variedad inmensa de plantas frondosas.

Pero los mas hermosos lugares, son aquellos en que alguna interrupción en la selva permite que pasen los rayos del sol: entónces la naturaleza, inundada por la luz creadora, se entrega a todos sus transportes: el verdor resplandece con un nuevo brillo; una vegetación maravillosa germina y florece: el cocotero se lanza hácia el azul del cielo y se mece suavemente, como un sueño gracioso; las hojas gigantescas del plátano sagrado se extienden a su entera satisfacción: las reales escitamíneas brillan é irradian en el seno de sus hojas azules; el palmero se mece caprichosamente entre las cimas de los árboles con sus cadenas colgantes en que los ramilletes de hojas se producen con regularidad, como si se hubiesen medido las distancias a que debían colocarse: los tallos del bambú con su mágico aspecto, suben desde el seno de aquel suelo hasta las energías primitivas y se estremecen blandamente en los aires. El sol radiante envía, desde lo alto del cielo, los besos ardientes sobre aquella familia libre y gozosa que ha engendrado. En medio de todas estas cosas, solamente el hombre es extranjero: contemplando aquel eden con una mirada extasiada, arrobada, siente que no forma parte de aquello; está como un niño que se hubiese introducido furtivamente en un jardín ajeno.

Después de habernos separado del bosque nos encontramos en un risueño valle, a la márgen de un arroyo sombreado por magníficos plátanos, y que sirve para dar movimiento a un molino. Algunos negros estaban ocupados en la cosecha y otras labores del campo. Fuera del pantalón y el piramidal sombrero de paja, estaban absolutamente desnudos: sus cuerpos robustos, cubiertos de sudor, brillaban con el sol vertical como bronce antiguos.

Aquello era un verdadero idilio brasileño: por todas partes calma, silencio y verdor, con una brisa dulce y tibia. En lontananza se descubria la mar reluciente y tersa como un espejo: alrededor del valle se extendian los bosques en la pendiente de las colinas. Estas masas de follaje, a pesar de su diversidad, presentan una armonía de líneas exquisitas: se confunden, se unen graciosamente, se encadenan por medio de los bejucos, y con la resplandeciente luz del sol, producen efectos de claroscuro realmente encantadores.

En el valle, a las márgenes del arroyo, vimos deliciosos prados del mas hermoso verde, lo cual vale la pena de referirse, porque nada semejante se espera uno bajo los trópicos.

Mas léjos, un buen camino bastante ancho, forma una rampa sobre la colina, pasa por delante de una casita abandonada, y conduce a los bosques situados en la otra vertiente. La selva toma la figura de bóveda en la parte superior del camino, y se entra a sus profundidades misteriosas como a una gruta fresca y encantada.

El primer objeto que en ella se encuentra, son las escitámneas con sus flores de un rojo de cinabrio, esas magníficas flores que entre nosotros se ven brillar de cuando en cuando en un ramillete de mucho precio ofrecido a una gran señora, ó en una exposicion de horticultura. Allí nos proporcionamos el placer de cortar una considerable cantidad ántes de introducirnos en la selva.

Haciendo abstraccion de las singularidades de pormenor, aquel camino sombrío nos recordó vivamente los que existen en los bosques de las colinas que hay detras de la ciudad de Viena. Era una selva fresca y verde, como las de Alemania, con una espesa bóveda de follaje; pero examinándola con atencion, se veía que los árboles eran una especie de laurel, y entónces recordaba uno que no estaba en el continente europeo. Me causó admiracion la gran cantidad de plantas desprovistas de hojas que se encuentran bajo aquellas oscuras bóvedas: privadas de la luz del sol, vegetan en aquella zona tropical. Aun los bejucos están desnudos hasta la alta region de las cimas: parecen mas bien cuerdas ó conductores de pararrayos que plantas vivas. Mucho nos engañan los malos dibujos cuando nos representan a los bejucos como ricas guirnaldas de follaje suspendidas en las ramas de una manera fantástica.

Hasta aquel dia habia creído que el palmero era el árbol mas abundante en el Brasil: ahora veo, por el contrario, que es bastante raro; pero no por esto deja de ser el mas hermoso. Las especies dominantes son árboles frondosos, con troncos desnudos y firmes, cimas elevadas y hojas pequeñas de un verde oscuro y reluciente. El camino que seguíamos por los bosques estaba lleno de sombra, de verdor y de frescura, como lo están nuestros bosquecillos en verano. Allí encontramos tres clases del hermoso filodendron.

Iba yo por delante de la comitiva entre dos paredes de follaje, cuando repentinamente pasó junto a mí un objeto rápido como el pensamiento. Mis sentidos estaban de tal manera despiertos que nada se me escapaba, ni un sonido, ni un movimiento. Ví de nuevo pasar aquel objeto como un relámpago, elevarse y bajarse: en fin, despues de muchas idas y venidas en todos sentidos, y siempre con la rapidez de la luz, aquel movimiento se concentró delante de un bejuco muy cerca de mí: era una vibracion incesante, un zumbido, una oscilacion mil veces repetida. Se hubiera creído ver un pensamiento tomado al vuelo y encerrado entre la agitacion de las alas, flotante y suspendido en los aires.

No me habia engañado: mi mirada lo habia presentido y reconocido: admirado, extasiado, me encontraba en presencia del primer colibrí que habia visto en mi vida. Era sin duda aquel pájaro que los brasileños, por una inspiracion poética que no poseen con demasiada frecuencia, llaman *beija-flor* (besaflor, chupamirto). Pude hacer a mis compañeros una señal para que se detuviesen, y poco a poco nos reunimos en círculo alrededor de aquella maravilla: gozábamos de aquel espectáculo deseado por largo tiempo y de que tantas veces habíamos oído hablar: tratábamos de fijarlo en nuestra memoria.

Aquí la realidad excede a toda descripcion y a toda esperanza. Lo que aumenta el encanto de esta aparicion es, que este pequeño sér es intocable, que no se pueden reprimir sus movimientos, ni se le puede conservar en cautividad. Semejante a una imagen que se aparece en sueños, se encuentra allí sin haber sido esperado, y huye en el momento mas interesante. Solamente muerto cae en las manos del hombre, es decir, cuando ha perdido su encanto principal, que es aquella vivacidad que despliega en el mundo de las flores.

El colibrí no puede sujetarse a un juicio prosáico: semejante al aroma de las flores, a la armonía poética, al acento del arpa, no se deja analizar: es tan pequeño, tan gracioso, tan rápido, que en cierta manera se sustrae a la definición común de la sustancia de los cuerpos; parece ridículo clasificarlo en alguno de los reinos de la naturaleza. Se le tomaría mas bien como una joya del paraíso que se hubiese quedado por acaso en las selvas del Brasil. Es como la quinta esencia de los tres reinos concentrada en una pulida criaturita que zumba en la atmósfera de los trópicos: es la vida animal con la figura y los colores de una flor fantástica, y la brillantez reluciente de la piedra preciosa que refleja una luz propia y misteriosa. Por esto, aun el pesado portugués ha encontrado un nombre encantador para este sér maravilloso, y elevándose en esta ocasión hasta la concepción de un mito poético, considera á la *beija-flores* como las almas de los niños muertos. De esta suerte, aquella nacion grosera no ha podido dejar de ver en el colibrí un sér superior y que nada tiene de terrestre.

Hasta la vida de familia del colibrí, su nido que parece una flor, sus huevós semejantes a las perlas, parecen sustraídos a las leyes de la materia, y no ser, en cierto modo, mas que un juego poético. Los movimientos de este animalito que navega en el aire y vive con el perfume de las flores, tiene algo de travieso y enteramente original. Si en alguna parte una planta aromática del mundo tropical despliega su esplendor, repentinamente aparece el pequeño sér alado, como por encanto, sin que se sepa de dónde ni cómo. Va y viene, se mece y se precipita, reluciendo con el brillo de las piedras á los rayos del sol: su ojo, penetrante como una punta de diamante, busca a la flor que quiere honrar con sus besos, y al punto se detiene delante de la que ha escogido; brilla suspenso en los aires, su cuerpo flamante parece en reposo, introduce su cabeza en el cáliz de púrpura y extrae de allí la miel. Ahora cree uno que podrá considerarlo a su satisfaccion.... ya está lejos, jugueteando y zumbando en el éter azulado; pero de repente vuelve á su flor.... renueva aquel gracioso juego muchas veces, y en fin, satisfecho, desaparece en el océano de yerba y va a descansar en su delicado nido.

Aquel que estudiábamos fué bastante amable para permanecer largo tiempo en su elegante festin, y pudimos gozar descansada-

mente de este espectáculo indescribible. Era un colibrí esmeralda: su garganta y su pecho tenían los reflejos de esta piedra preciosa; el vientre era blanco y la espalda de un gris oscuro. El cuerpo media apenas dos pulgadas y tenía tres el ancho de las alas extendidas: su largo pico era puntiagudo como una aguja. Cuando se mecía, sus movimientos se parecían a los de nuestras mariposas cuando van a chupar la miel. Consideré como una buena fortuna muy rara haber visto un colibrí el primer día que pasé en el Brasil; porque este pájaro no es aquí tan común como nos figuramos en Europa.

Algunos momentos despues, de regreso en Bahía, visitábamos la rica y elegante casa de campo de nuestro cónsul, construida segun el nuevo estilo brasileño. Las habitaciones del Brasil son el espejo fiel de la vida social de estos países: la idea de un pequeño círculo íntimo y retirado falta completamente, y esto es por efecto del clima: no hay aquí que prevenirse contra la aspereza de las estaciones ni se ve uno obligado a engañar a la naturaleza. La voluptuosidad del aire y de la vegetacion, es tal, que no se piensa en esos goces de la vida doméstica, cuya necesidad se comprende en los países en que el invierno se distingue del verano. La casa brasileña no es un centro alrededor del cual viene a agruparse la pequeña sociedad del propietario, es alternativamente un paraguas ó un quitasol, y por las noches, una cama con baldaquino, en que cómodamente puede uno despojarse de sus vestidos para saborear el fresco y vivificante aliento de la brisa. Pero de aquí viene la desgracia de estas regiones tropicales, de que la casa, por la fuerza de las circunstancias, no puede abrigar recuerdos ni tiene historia, lo cual contribuye a dar a las costumbres un carácter de inconstancia y de variacion que ahoga en su germen la idea de la familia; porque de la misma manera que la habitacion no es mas que un lugar de paseo, así el lazo de familia se forma momentáneamente: procrean, vienen al mundo y viven de un modo bastante análogo al de las fieras de la selva virgen.

Hay propiamente cuatro causas, de las cuales tres son negativas, cuyas influencias diversas y combinadas concurren para destruir en el Brasil el lazo doméstico y social: la falta de la casa patriarcal, hereditaria, sólidamente construida y coherente, en que

las generaciones sucesivas prosigan su existencia con los mismos principios y con las mismas costumbres; la falta completa de la idea y del sentimiento de la conciencia, efecto inevitable de un clima siempre igual, de la riqueza de una naturaleza exuberante; lo cual produce a su vez la tercera causa, que es la falta absoluta de esa base religiosa que hace que el hombre aspire a algo que sea superior a la simple naturaleza; pero justamente la desgracia ha querido que la naturaleza sea aquí demasiado hermosa: en cuarto lugar viene esa horrible llaga, incapaz de cicatrizarse, la esclavitud; llaga que todo hombre honrado debe combatir con su palabra y con sus acciones, cualesquiera que sean la condicion social y el país a que pertenezca: la esclavitud por sí sola supone y engendra los tres vicios precedentes.

¿Cómo podría subsistir la prosperidad de una casa al lado de esta institucion desastrosa? ¿Cómo podría formarse una conciencia humana donde hay hombres fuera de la ley y donde séres que tienen una alma están sometidos a la arbitrariedad y al capricho de otros séres sus semejantes? ¿No es la religion una burla, una pura comedia aquí que el blanco se arroga el derecho de tratar a la imagen del Creador como una bestia de carga, ó mas bien, como una cosa? ¿Cómo podrá tenerse como verdadera una religion ni aun ser respetada en lo general, cuando se arroja fuera de los derechos del hombre a una parte de la humanidad y no se la considera mas que como masas de carne y de sangre hechas para ser apaleadas?

No comprendo cómo puede un sacerdote católico en el Brasil tener el valor de predicar el Evangelio desde la cátedra cristiana, a no ser que lo arregle *ad usum Delphini*. Pero ¡ay! mas tarde tuve ocasion de convencerme, de que, con excepcion del venerable nuncio, que gime inútilmente en su santo celo apostólico, no hay aquí sacerdote ninguno verdaderamente digno de este nombre. No son mas que funcionarios que usan traje negro y dicen misa, únicamente porque es de moda.

Por desgracia los extranjeros en el Brasil no son mas que huéspedes de paso, animados constantemente por el deseo muy natural de atravesar de nuevo las vastas llanuras del Océano.

12 de Enero de 1860.

Una plaza escarpada, cerca del arsenal, frente a la aduana, es el lugar principal en que se reúnen los famosos cargadores de Bahía. Estos son tipos que no se pueden pasar en silencio: son esclavos, de la raza negra. En tanto que conservan alguna fuerza, sus propietarios los alquilan para este oficio: es una fuente de recursos que produce mas que la locacion de bueyes de tiro. El amo no tiene que ocuparse de los alimentos de esta especie de animales negros: apenas están vestidos con ligeros harapos de algodón, llevan la cabeza y los piés desnudos, y cargan sobre sus anchos hombros los mas pesados fardos por medio de un palo largo: si es preciso, se ponen cuatro, seis, y hasta ocho, y suspenden la carga en el palo atravesado. Los cargadores caminan balanceándose y acelerando siempre el movimiento: tararean ó aullan un canto lamentable, y cubiertos de sudor y trotando sin descansar, continúan siempre aquella salmodia. Sus ojos brillan y parecen salirseles de la cabeza; sus músculos se hinchan, y el canto acompaña a compas el movimiento del cuerpo que por ningun motivo se puede desarreglar. Se aparta uno con cierto temor instintivo al paso de aquel triste grupo de hombres: los acentos lúgubres resuenan en el corazón del europeo y le hacen desear volver a pasar el Océano. He visto a medio dia, con un calor ardiente, esas caravanas de cargadores subir la empinada calle al trote, jadeando y aullando á compas: me quedé silencioso contemplando a aquellos desgraciados, y cuando desaparecieron, oí aún por largo rato resonar en la altura sus acentos lamentables. ¡Sin embargo, son hombres, y los que los humillan en aquel trabajo se dicen ciudadanos libres de un país libre! Y creen que su país florecerá con aquel sistema, y no comprenden todo lo que hay en esto de maldicion y de infamia!

Los cantos de los negros merecen que digamos de ellos una palabra. Son improvisados y siguen una melodía que siempre vuelve a empezar. Aunque generalmente en ellos se trata de *farrinha* y de *cachaça*, dan cierta luz sobre las relaciones entre el amo y el esclavo y sobre la manera con que éste es tratado. Algunas

veces se mezcla en ellos un recuerdo de la patria lejana, que se encuentra interpuesto, como una barrera insuperable, entre el derecho natural y el comercio de las almas. Cuando improvisan alguna estrofa, la repiten inmediatamente con la misma cadencia, y algunas palabras contienen ordinariamente todo un poema de arbitrariedad. Desearia uno creer que estos acentos lastimeros no pueden dejar de producir su efecto; pero los propietarios de esclavos están cubiertos con la coraza del vicio: para ellos el idioma del negro no es mas que un sonido bestial, y no tienen orejas para oírlo.

Nos dirigimos a la colina de *Nossa Senhora do bom fim*, rodeada de palmeros y batida por las olas azules de la mar. Nuestro tiro de caballos nos llevó hasta la plaza, frente a una iglesia de una blancura reluciente, construida con el gusto churrigueresco. Cerca de la iglesia se extiende un hermoso y ancho terrado, al cual se sube por escalones regulares y en el que se encuentran algunos edificios propios para habitacion.

El tumulto de una feria reinaba en aquel momento en la plaza y alrededor de la iglesia. La poblacion negra con sus vestidos de fiesta adornados con vivisimos colores, se estrujaba, corria y se abrazaba con la mayor algazara y toda especie de gruñidos. Algunos carruajes llenos de *senhoras* que iban en peregrinacion ó de mozalvetes atraídos por la curiosidad, parecian navecillas que se esforzaban por atravesar las olas movedizas de la multitud para llegar al terrado de la iglesia. Sobre las cabezas se veían suspendidas las cajas de vidrio llenas de comestibles. Pequeños grupos de consumidores de *cachaça* parecian como islotes en medio de aquel océano de seres humanos. Un tablado recientemente puesto, prometia montes y maravillas para cuando llegara la tarde.

Nuestro equipaje fué felizmente conducido a través de la multitud por nuestros cuatro caballos cubiertos de espuma: bajamos, y nos dejamos llevar por la oleada hasta el edificio principal. Penetramos al interior por una puerta lateral, como el agua que se precipita por una exclusiva. Nos encontrábamos en una larga galería bien iluminada y ricamente adornada: algunos grabados puestos en brillantes marcos dorados, estaban suspendidos en las paredes: la luz exterior, entrando por anchas y altas ventanas como en un

salon, jugueteaba en el reluciente cristal de las arañas. Reinaba en aquella sala un aspecto de alegría y de regocijo.

Una larga hilera de jóvenes y traviesas negras ocupaba la extension de una de las paredes. Sus encantos bronceados estaban velados mas bien que cubiertos con gasas transparentes y telas de colores muy vivos. Se entregaban a una ruidosa charla, y tomaban las actitudes mas cómodas, mas abandonadas y mas voluptuosas. Vendian toda clase de objetos de religion, amuletos, cirios y comestibles que tenian en canastillos ó en cofrecitos de vidrio. A los ojos de un buen católico, aquello debe producir el efecto de una profanacion; porque so pretexto de romería, se mezcla mas paganismo del que es permitido, en aquella fiesta popular de los negros.

Todo pasaba muy alegremente en aquella sala: la multitud se oprimia riendo y charlando alrededor de las vendedoras: éstas siempre en conversacion, se entregaban a ciertos movimientos de afectacion muy arriesgados, y excitaban con las miradas a aquellos negros zopencos, que agrupados junto a ellas, no permanecian ociosos. Era un cuadro de vida salvaje oriental en un marco tomado de la civilizacion. Tal debió ser el aspecto del templo de Salomon cuando el Señor esgrimió el azote é interrumpió el comercio de sus compatriotas de una manera tan elocuente; pero aquí no habria bastado el azote: se necesitaba una grande escoba movida por el vapor. Sin embargo, si se deja a un lado el justo escrúpulo religioso, era aquel un golpe de vista muy agradable y muy animado: un pintor habria encontrado material para estudios muy preciosos.

Lanzándonos hácia delante, ya cortando la corriente, ya siguiendo su curso, llegamos a una vasta pieza decorada con ricos adornos: ciertos utensilios indicaban que era la sacristía. Un eclesiástico, pálido como un membrillo, apoyado en una caja, cerca de los ornamentos del altar y del cáliz, conversaba de la manera mas íntima con algunas *senhoras*. Era aquella una sacristía cómoda y risueña.

La corriente se apoderó de nosotros como nos habia traído, nos arrebató y nos arrastró por la sala del mercado, donde continuaba el mismo comercio, y nos arrojó por fin, oprimiéndonos hasta aho-

garnos, en una grande y hermosa sala de un aspecto brillante. Innumerables arañas cargadas de velas encendidas bajaban de la bóveda, las paredes blancas y doradas están adornadas con cuadros, y reinaba en todos los rostros un aire de fiesta y de agradable armonía: parecía que no faltaba mas que los violines y los timbales para comenzar un alegre baile. La sala estaba llena: no se veían mas que caras negras, amarillas y morenas, y entre ellas, mujeres muy hermosas: algunas eran verdaderos colosos; llevaban en su seno descubierto y en sus magníficos hombros collares de coral, abalorios, broches de oro y amuletos: todas parecían animadas y exaltadas por la influencia del *cachaça*: como trofeo de la fiesta llevaban una elegante escoba. Era una ocasion sin igual para hacer estudio sobre la carne de color y sobre las costumbres de los negros.

Estos celebraban sus saturnales: la esclavitud no existia en aquel momento. En la libertad de sus movimientos, en la loca alegría de los negros y de las gentes de color, en su vestido algunas veces rico y pintoresco, se comprendia bien que en aquel dia se sentian felices. Allí se hubieran podido encontrar muestras de la raza de todos tamaños y de todas figuras, desde la matrona de andar lleno de pretensiones, de cuerpo redondo y enteramente cargado de oro, hasta la jovencita apenas despierta, de ojos brillantes, ligera y elegante como una gacela; desde el viejo negro de cabeza blanca, de cara de mono, parpadeando de un modo bonachon, hasta el pilluelo griton é insubordinado. Todo esto se confundia y se estrujaba: aquí las antiguas amigas se saludaban y se abrazaban; allá dos negros esclavos que vivian en los extremos opuestos de la ciudad, se estrechaban la mano; en otra parte una matrona, por sobre la cabeza de su vecina, daba los buenos dias a un coloso de gordura que llegaba balanceándose. Otros se habian reunido en grupos y conversaban alegremente de los acontecimientos del dia y de las aventuras amorosas. En todas partes reinaba el contento, donde quiera se manifestaba el placer de vivir. Se conocia que era una fiesta esperada por largo tiempo y en la que los negros se sentian como en su casa: la reunion entera estaba de acuerdo para dejar oír una charlería incesante y ruidosa.

Nosotros tambien platicábamos alegremente en voz alta, intro-

duciéndonos a la sala. Paseaba yo mis miradas curiosas por la concurrencia para grabar bien en mi memoria aquella festividad de los negros, cuando repentinamente, en la otra extremidad de la sala, observé sobre un punto mas elevado, una figura que iba y venia con aire inquieto, que dirigia sus ojos a un libro, miraba a su alrededor, parecia sumergirse algunas veces y volvia a salir despues. No podia creer a mis ojos: puse cuidado otra vez y siempre ví al mismo hombre en el mismo lugar. Súbitamente atravesó mi espíritu un rayo de luz, y quedé transido de horror y escándalo.... era el eclesiástico de color de membrillo que practicaba las ceremonias de la misa (porque sin duda aquello no podia llamarse decir misa), y que sin molestarse, las practicaba para sí solo, como si se diese una representacion en medio de una fiesta popular. No podia dudarle: estábamos en la iglesia; aquella gran sala de baile era la casa de Dios, un templo brasileño, y todo aquel pueblo negro que chacoteaba era una reunion de cristianos bautizados, que se decian católicos y asistian a misa.

Los sacerdotes brasileños pretenden que así se debe iniciar a los negros en el temor de Dios, que estos nada entienden de sentimientos mas elevados, y que no se les puede detener en la iglesia si no es por medio de diversiones mezcladas con *cachaça*. Para los propietarios de esclavos esta opinion es verdaderamente muy cómoda, porque imprime al negro el carácter del bruto, y hasta cierto punto sirve de justificacion a la esclavitud.

Hemos visto lo que pasa por la mañana en el templo; pero a medio dia y sobre todo por la tarde, cuando el *cachaça* haya llegado a su colmo, debe desaparecer toda la moderacion inspirada por el temor de Dios, y sin duda serán verdaderas bacanales, en que las pasiones victoriosas coronarán dignamente aquella solemnidad.

El objeto primitivo de la fiesta es una romería de mujeres que se dirigen a aquella iglesia para obtener la fecundidad: con este objeto, deben harrer el terrado que está a la entrada, así como el pavimento del templo, y de ahí viene aquella elegante escoba que lleva cada mujer y la pantomima con que fingen arrojar agua y cuidarse de ella. Ya habiamos observado estos movimientos por todas partes en medio de la opresion y nos habiamos divertido

mucho con ellos. No sé si este barrido y todo lo que sigue aprovecha demasiado para el objeto que se proponen: en todo caso, el milagro no es general y parece que se limita a algunos ejemplos aislados, porque la estadística demuestra, con gran pesar de las aristocracias partidarias de la esclavitud, que la población negra disminuye notablemente todos los años. Las principales razones de este hecho son los maltratamientos que sufren los esclavos, su inmoralidad y la falta absoluta de matrimonio regular, el rigor con que las negras madres son obligadas a trabajar hasta en el embarazo mas avanzado, y en fin el abuso del *cachaça*. Añádase a esto un hecho odioso y por desgracia demasiado frecuente: las madres esclavas, para vengarse de sus déspotas quitándoles un capital importante, hacen ellas mismas abortar su propio fruto. Aquellas saturnales se han convertido sencillamente en un motivo de diversion, como lo fué en otro tiempo la fiesta de Santa Brígida en Viena.

Mientras que nuestros oídos estaban ensordecidos por aquella alegría grosera y enteramente sensual, mis ojos se fijaron con admiración en dos grandes frescos que ocupaban la parte baja del coro de aquella extraña iglesia. Uno representaba *a morte do peccador*, y el otro *a morte do justo*. El peccador, presa de una cruel enfermedad, se retuerce en su lecho de dolor, y los mensajeros cornudos están ya listos para conducir al fuego del infierno al alma que se separa del cuerpo. El justo, por el contrario, se vá cómoda y suavemente, y algunos ángeles practican el oficio de comadrones en el segundo nacimiento del alma purificada. Aquellas dos composiciones eran tan grotescas, que habrían estado mucho mejor colocadas en el *Punch* que en las paredes de una iglesia.

Visitamos despues la iglesia de los jesuitas, cuyo sacristan mulato, juglar bastante gracioso, nos hizo los honores del modo mas picaresco. Nos pintó con una indignación cómica y con los colores mas vivos el odio que los jesuitas inspiraban en el Brasil. Nos contó con acento gutural y un aspecto de admiración divertida, cómo el sabio y grande Pedro I les habia dado de palos. Aquellos hechos heróicos de su historia le parecían llenos de grandeza; y solamente una cosa sentía, y era que los reverendos padres ántes de marchar, habian escondido en la iglesia un tesoro de un valor

inestimable, del que nada se habia encontrado hasta entónces, no obstante que el hecho fuese perfectamente cierto. Su furor contra los jesuitas era infinitamente divertido, era la expresion del patriotismo brasileño. Pero, ¿ha ganado algo aquel pueblo con la expulsión súbita de los inteligentes jesuitas? Esta es otra cuestión.

Si procuramos desprendernos de toda opinion preconcebida, llegaremos a convencernos de que el gobierno débil é intolerante de Portugal soltó demasiado la rienda a los jesuitas, sin saber lo que hacia; pero por otra parte, estos han sido en el extremo Occidente los guardianes de una ciencia y de una civilización que ahora se pierde de todo punto. Ellos abrieron caminos en las partes lejanas de los bosques, fundaron establecimientos modelos en las profundidades del continente, y supieron, con la flexibilidad que les es peculiar, atraerse las tribus salvajes de los indios. Todo esto se arrojó con el azote al expulsar a los padres. Si el gobierno hubiese conocido el difícil arte de hacerse superior a los jesuitas y hubiese sabido emplear su tenacidad, su habilidad y su saber en extender la cultura intelectual en el país, quizá no se habria visto al Brasil caer en el estado de atraso a que hoy se encuentra reducido. ¿Acaso se practica la religion mejor que ántes? Esto podria decirlo el arzobispo patriarca de Bahía. En cuanto al gobierno, ménos previsor que el astuto compadre de Berlin, arrojó léjos de sí útiles instrumentos, y ahora se encuentra sin recursos en presencia de las selvas; no sabe qué dirección seguir, y ve que una tribu india tras de otra se apresuran a atacarlo.

Esto lo he tomado de boca de los protestantes y de los viejos ateos del Brasil: estos hombres son mucho mas inteligentes y mas justos que los que se llaman católicos en este país. Mientras ménos conciliables son los jesuitas y las otras órdenes religiosas con el movimiento por vapor que vemos en Europa, mas útiles pueden ser en los países semi-civilizados, si son bien dirigidos y si se tiene cuidado de hacerlos pasar de la vida contemplativa a la de acción.

Volvimos a montar en el coche para hacernos conducir apresuradamente al *Campo Santo*. Subíamos y bajábamos; era una sucesión de valles verdes y de colinas en suave pendiente: respirábamos un aire fresco y embalsamado. Un vapor naranjado velaba el cielo: